

LAS INSCRIPCIONES DE LA GUERRA EN EL CUERPO: EVIDENCIAS DE UN SUJETO IMPLICADO

Juan Pablo Aranguren Romero *

RESUMEN

Este artículo es un análisis en torno a las inscripciones que la guerra, en tanto discurso, inscribe en el cuerpo de los combatientes. Se reflexiona en relación a cómo estas inscripciones signan el cuerpo con las marcas de la pertenencia al colectivo armado, pretendiendo el borramiento del sujeto. Sin embargo, en razón a que el cuerpo no se da todo al ordenamiento discursivo, el sujeto emergerá – en resistencia – al disciplinamiento bélico.

Palabras claves: Guerra, cuerpo, combatiente, ordenamiento, discurso.

ABSTRACT

This article is an analysis about the inscriptions that war regarded as a discourse, stamp on the bodies of the fighters. It is a reflexion about how these inscriptions print on the body marks of the belongingness to the militar conflict, pretending to erase the subject. However, since the body does not yield to the discursive ruling, the subject will emerge – as an act of resistance– against the warlike disciplining.

Key words: Wars, body, fighter, disciplining, discourse.



Correo electrónico: juanaranguren@etb.net.co

* Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia e Historiador de la Pontificia Universidad Javeriana. Investigador de la línea *Psicoanálisis, violencia y guerra* de la Universidad Nacional de Colombia.

Artículo recibido: 10 de julio de 2006

Artículo aceptado: 20 de agosto de 2006

“La piel historiada lleva y muestra la vida propia o la visible: desgastes, cicatrices causadas por las heridas, porciones de piel endurecidas por el trabajo, arrugas y surcos de antiguas esperanzas, manchas, lunares, eczemas, psoriasis, paños, allí se imprime la memoria, por qué buscarla en otra parte; o la invisible: huellas fluctuantes de caricias, recuerdos de la seda, de la lana, los terciopelos, las pieles, los fragmentos de roca, las cortezas rugosas, las superficies rasposas, los cristales de hielo, las llamas de fuego, tímideces del tacto sutil, audacias del contacto combativo. A un dibujo o colorido abstracto correspondería un tatuaje fiel y leal donde lo sensible se expresaría: si éste imita viñetas, íconos o letras, todo se hundiría en lo social. La piel se convertiría en bandera, en la medida en que presenta huellas”

(Serres, 2002, p. 26).

1 UN DISCURSO QUE SE INSCRIBE EN EL CUERPO:

Las dinámicas y las lógicas de la guerra operan como un discurso¹ sobre el cuerpo de los combatientes. Al ser moldeado según los requerimientos de la guerra, el cuerpo de cada combatiente es marcado por una serie de signos y trazas que dicen de la asimilación de las relaciones simbólicas vehiculizadas por el discurso bélico y de las identificaciones con el modelo-imagen del ‘ser guerrero’, es decir, de las incorporaciones de estas formas discursivas.

La incorporación del discurso refiere al ejercicio de una serie de técnicas corporales de carácter multiforme constituidas en la complejidad de relaciones tensas en dónde el cuerpo se forja con resistencia². La incorporación supone la puesta en marcha de un vasto sistema de disciplinamiento, control y disciplina dirigido a naturalizar en el cuerpo los ordenamientos y las normatividades que dicho sistema persigue. La

¹ El discurso refiere, como señala Lacan (1992, pp. 10 – 11), “a cierto número de relaciones estables, en las que puede ciertamente inscribirse algo mucho más amplio, algo que va más lejos de las enunciaciones efectivas” y que por lo tanto plantea la necesidad de partir de una noción de discurso que remite no sólo a las palabras.

² “El dominio, la conciencia de un cuerpo no han podido ser adquiridos más que por el efecto de la ocupación del cuerpo por el poder: la gimnasia, los ejercicios, el desarrollo muscular, la desnudez, la exaltación del cuerpo bello... todo está en la línea que conduce al deseo del propio cuerpo mediante un trabajo insistente, obstinado, meticuloso que el poder ha ejercido sobre el cuerpo de los niños, de los soldados, sobre el cuerpo sano. Pero desde el momento en

incorporación de estas formas discursivas efectúa una serie de marcas corpóreas a través de las cuáles estos ordenamientos quedan inscritos en el cuerpo.

Las inscripciones que la guerra efectúa son marcas que se graban en el cuerpo, que tienen cierta permanencia, no en términos de la duración en un tiempo cronológico, es decir durante un período o un lapso determinado de tiempo, sino en el sentido de una sujeción, de algo que al quedar inscrito en un cuerpo, implica a un sujeto. En ese sentido, la subsistencia de esas marcas y al mismo tiempo, la forma en que se establecen en un cuerpo, dependerá más de los modos en que éstas sean apropiadas por cada sujeto, de sus tiempos, de sus ritmos y de la manera en que cada cuál construye su cuerpo, que de las formas estándares de comportamiento establecidas por cada discurso. Se parte entonces de que la guerra, si bien exige la constitución de cuerpos dóciles, obedientes y disciplinados y si bien despliega una compleja maquinaria de poder y dominación que busca hacer de los cuerpos un objeto de su accionar, algo del cuerpo escapa de esta estandarización, algo que hace que éste no se dé todo a las normas de regulación³. Esta objeción desde lo corpóreo dice de un sujeto implicado en la guerra.

De este modo, las inscripciones en el cuerpo responderán a esos encuentros contingentes de la historia de cada sujeto (Soler, 2003, p. 66) y aunque inscritas por vía de las formas ordenadoras de los discursos, estas marcas se graban como formas singulares de un discurso particular, el discurso del inconsciente. Se entenderá así que la guerra, si bien propone unas formas de ordenamiento que pretenden operar en el cuerpo objetivamente, desvaneciendo los rasgos singulares y desdibujando las particularidades, existirá siempre algo que objetará a estos ordenamientos denunciando un sujeto implicado. Desde allí se constituirán las formas de resistencia a estos métodos de sistematización y estandarización propuestas por el orden bélico.

el que el poder ha producido este efecto, en la línea misma de sus conquistas, emerge inevitablemente la reivindicación del cuerpo contra el poder, la salud contra la economía, el placer contra las normas morales de la sexualidad, del matrimonio, del pudor. Y de golpe aquello que hacía al poder fuerte se convierte en aquello por lo que es atacado (...) El poder se ha introducido en el cuerpo, se encuentra expuesto en el cuerpo mismo” (Foucault, 1992, p. 104).

³ Desde los postulados psicoanalíticos se puede ubicar esta objeción al nivel del síntoma, que es el lugar, según lo resalta Soler donde el cuerpo no se da al amo: “el cuerpo sintomático no camina como los demás, no entra en las normas propuestas. Es un cuerpo del cual podemos decir que tiene algo rebelde”. (Soler, 2003, p. 64).

2. LAS INSCRIPCIONES:

“Del mismo modo que la araña, que está en medio de la tela, se da cuenta al punto cuando la mosca desbarata algunos de sus hilos y rápidamente acude, como doliéndose del corte del hilo, el alma del hombre, cuando alguna parte del cuerpo es herida, corre velos, como si no pudiera tolerar la herida del cuerpo, al cual está firme y proporcionalmente unida”

(Heráclito, 1986, 22 B 67)

Las inscripciones en el cuerpo no sólo son trazas en su superficie, no sólo se imprimen en su “zona evidente”; son también filigranas grabadas “más allá” de la piel, que atraviesan las entrañas y tocan el alma. Como marcas, como huella significativa, el ordenamiento se inscribe en el cuerpo para signarlo, coloca sus trazas para estampar la pertenencia, para reclamar su posesión sobre el cuerpo. Estos ordenamientos discursivos van dando forma al cuerpo, formalizándose corpóreamente. Es una formalización que se “graba a fuego” en el cuerpo, dejando a su paso un surco sobre él; son marcas que permanecen.

Si se parte del hecho de que los ordenamientos marcan al cuerpo, éste se puede entender como lugar de inscripción. Las inscripciones en el cuerpo abarcan tanto las señales y signos evidentes de un trazo *material*⁴ sobre el cuerpo, como aquellas marcas que quedan registradas en el orden corpóreo pero que no necesariamente tienen un soporte material. La *inscripción* remite, por lo tanto, a una noción más amplia en la que, si bien existe un registro en lo corpóreo, éste no se da únicamente por la vía de un trazo externo y manifiesto *sobre* el cuerpo, sino que se efectúa también allí donde no hay una huella visible en su superficie. De esta forma las inscripciones abarcan tanto los registros que se hacen visibles al tener un soporte orgánico en la superficialidad del cuerpo, como aquellos que pueden llegar a carecer de un soporte material en el organismo. Así, al hablar de la inscripción se abordan tanto las marcas en lo real del cuerpo como aquellas obradas en sus componentes imaginario y simbólico. Tres componentes esenciales de los postulados psicoanalíticos formulados por Lacan.

⁴ En el Diccionario de la Lengua Española (1970), una de las formas en que se define el término *Inscripción* es: “Escrito sucinto grabado en piedra, metal u otra materia, para conservar la memoria de una persona, cosa o suceso importante”, (p. 749).

El lugar en el que sitúa la perspectiva psicoanalítica al cuerpo toma distancia frente a aquellos formalismos que pretenden hacer del sujeto un dato perfectamente calculable y previsible (Biceci, 1983). Este lugar dice de un cuerpo que se construye en la operancia y la conjunción de los órdenes real, simbólico e imaginario. Es un cuerpo construido, constituido al ser atravesado por el lenguaje y en esa medida proveedor de una imagen que representa al sujeto, su constitución es emprendida entonces por la intervención de lo simbólico; antes del lenguaje sólo hay “carne insignificante” (Biceci, 1983, p. 276), no hay cuerpo antes del lenguaje. Al ser invadido por el decir, la carne se hace cuerpo tomando a su vez consistencia imaginaria y dando unidad y cohesión a la fragmentación que antecede al reconocimiento corporal. Se entiende así, que lo corpóreo se ubica más allá de una mera dimensión física o biológica, es más que un organismo; el cuerpo se inaugura al ser atravesado por el lenguaje y al acceder al reconocimiento de una imagen que le provee consistencia. Esta imagen cohesionadora (Soler, 1998) es introducida por el significante, por el lenguaje: el significante introduce lo uno en el organismo.

Hacerse un cuerpo implica haber nacido sin él y es justamente lo que acontece con el humano. La constitución de un cuerpo exige, además de la carne y del mero conjunto de órganos, de una imagen que lo sostenga y ella sólo es posible gracias a la intrusión significativa que viene del Otro (Díaz, 2002, p. 26)

En esa medida se puede comprender que en el cuerpo siempre hay algo que permanece “inabordable, insondable y misterioso” (Biceci, 1983, p. 277) y que se trata de eso Real del cuerpo huidizo a toda captura discursiva. Lo que es susceptible de captura y, en realidad es apenas bordeable, es el cuerpo constituido tan sólo una vez ha sido atravesado por el significante, organizado a partir de lo simbólico, es decir, en el campo del Otro (Biceci, 1983). El cuerpo se constituye así a partir de un organismo vivo, un significante que lo atraviesa y una imagen que le da consistencia.

Los ordenamientos discursivos se pueden entender entonces como la marca efectuada por el Otro. El Otro simbólico deja su marca en el cuerpo: “función simbólica que interviene en todos los momentos y en todos los grados de existencia del orden humano” (Lacan, 1984, p. 50); su marca atraviesa el cuerpo para consti-

tuirlo, ordenarlo y así organizar “los modos de relación con los diversos cuerpos” (Díaz, 2003, p. 100). Al ser marcado por el Otro el cuerpo además es sujetado a él, es por lo tanto una marca que atraviesa todo el cuerpo y que deja sus trazas registradas en todas las dimensiones del cuerpo: “El Otro, como significante y como Ley, al dejar huella en el cuerpo lo signa en lo real, en lo imaginario y en lo simbólico con las rúbricas de la vida y de la muerte; del deseo y del goce; de la filiación, de la diferencia sexual, de la identificación, de la sexualidad, del erotismo” (Díaz, 2003, p. 100)

Los ordenamientos marcan el cuerpo por la introducción del significante, por el atravesamiento del cuerpo que efectúa el Otro. Todos los ordenamientos operan sobre el cuerpo, pues al intervenir sobre los seres humanos los discursos ordenadores proceden ‘irremediamente’ sobre la corporeidad. Aún cuando se trate de complejas tecnologías de poder, aún cuando su marca no sea inscrita con dolor sobre su carne, aún cuando no intervenga directamente como daño sobre lo real, el ordenamiento opera sobre el cuerpo: “Todas las técnicas del cuerpo son técnicas del significante y, más precisamente aquellas que se llaman “técnicas del cuerpo” son técnicas del significante-amo” (Soler, 1998, p. 10). Ya se trate de técnicas que intervienen como los «métodos suaves» descritos por Foucault (1976) e introducidos en las formas punitivas del XVIII, es decir, de técnicas que no recurren directamente a infligir dolorosos castigos, sino a procesos de disciplinamiento y adiestramiento constante, es siempre del cuerpo del que se trata. De la misma forma que los «métodos dolorosos» no dejan solamente su marca a nivel de lo real del cuerpo, sino que lo signan además en lo simbólico y lo imaginario, pues al efectuar un destrozo o al dejar una cicatriz transforman también la imagen del cuerpo y lo signan con los valores y significados del dolor, los «métodos suaves» también dejan su marca en lo real, aún cuando operan directamente en un orden simbólico:

Al intervenir sobre un ser humano, aunque se privilegie su alma o la representación de su cuerpo, inevitablemente se actúa sobre el cuerpo [...] No es ya la marca del Otro en lo real del cuerpo como daño, es la marca de su poder, que también opera sobre lo real del cuerpo pero apunta ante todo a lo imaginario y a lo simbólico de ese cuerpo, de ese sujeto (Díaz, 2003, p. 104)

Los ordenamientos discursivos inscriben por lo tanto sus marcas bien dejando sus huellas sobre lo real del cuerpo, bien operando como transformación de su componente imaginario, o bien signándolo en su representación, operando sobre lo simbólico. En todo caso, el cuerpo es un lugar privilegiado para la inscripción de estos ordenamientos, sus marcas se registran siempre en estos tres órdenes e indistintamente si opera con dolor sobre la carne, sobre los órganos o sobre los orificios de este cuerpo, o si interviene a través de la corrección y la disciplina, esta inscripción se efectúa siempre en el cuerpo: “el cuerpo se presta a recibir la marca significante, a ser un lugar de inscripción a partir del cual va a poder ser tomado en cuenta por sí mismo” (Soler, 1988, p. 17).

Se puede entender que las inscripciones con un soporte material son aquellas *marcas* sobre la piel como los tatuajes o como los daños que destrazan lo real del cuerpo. Estas inscripciones quedan registradas como cicatrices o como amputaciones que transforman la unidad del cuerpo. Son inscripciones en las que el cuerpo se significa bajo un soporte evidente y donde queda plasmado materialmente un trazo que marca visiblemente al cuerpo. Ello permite abordar el cuerpo como un espacio de comunicación en donde la piel se asemeja a una hoja donde se pueden escribir mensajes; una superficie privilegiada para la escritura en donde el cuerpo se convierte en el soporte material del significante (Aillón, 2003, p. 119). Aquellas inscripciones que pueden estar en un “más allá” de la superficie corporal son formas de marcar el cuerpo cuyo registro parecen atravesar la piel y ubicarse en un orden no material de lo corpóreo; sus trazas parecen efectuarse más en el orden simbólico o en el orden imaginario que en el orden de lo real. No obstante, estas marcas al estar inscritas “más allá de la piel”, atraviesan también esa superficie corporal, marcan también en lo real. De modo tal que las marcas que tienen un soporte material, en lo real del cuerpo, inscriben por ello mismo su marca en lo simbólico y en lo imaginario; al transformar la superficie del cuerpo, modifican su imagen y significan al cuerpo de diversas formas. De la misma manera, las marcas que se inscriben como registro en lo imaginario y en lo simbólico del cuerpo tienen que ver con la materialidad de lo corpóreo, entran en correlación con lo real del cuerpo. Las inscripciones en el cuerpo están siempre marcando estos tres órdenes; aún cuando tengan o no un soporte material, estas marcas se inscriben en lo imaginario, lo real y lo simbólico.

a. *Las cicatrices, los tatuajes y otros tocados especiales:*

“No os haréis incisiones en vuestra carne por amor a un muerto, ni imprimiréis en ella figura alguna. Yo Yahvé”

Levítico, 19.28 (1979)

Tras el fragor de los combates o como resultado de los extenuantes recorridos por agrestes espacios, sobre el cuerpo se van trazando algunas marcas que dicen de una cierta fragilidad de la superficie corpórea. Herida por las conflagraciones o maltratada por los roces con el ambiente, la piel va quedando marcada por esas alteraciones provenientes del exterior. Ya se trate de las esquirlas de una granada, de las fricciones contra las ramas de los árboles, de una larga exposición a un sol incandescente, o de cualquier otra afección externa, la piel conserva en su forma, textura, coloración y cicatrices la marca de esas perturbaciones. (Anzieu, 1987)⁵ En ese sentido la piel se constituye como un espacio de relación con el medio externo. En tanto contorno y recubrimiento del cuerpo, se establece como medio de comunicación con el otro y de establecimiento de relaciones significantes; se torna entonces una superficie de inscripción de las huellas dejadas como resultado de estos contactos con el otro. (Anzieu, 1987) La piel se manifiesta por lo tanto, “como una envoltura frágil que invita a las penetraciones físicas y a las intrusiones psíquicas” (Anzieu, 1987, p. 45). Este tipo de afecciones ‘externas’ se consolida en incisiones, escarificaciones, pinturas, tatuajes, maquillajes o vestidos, que marcan el cuerpo en virtud de las cicatrices, trazas o recubrimientos, con los que signan su superficie y en razón de las formas en las que la significan.

En las dinámicas de las confrontaciones armadas, estas marcas adquieren para cada combatiente significados diversos. Insignias del guerrero, “emblemas de una historia ilustre [...] huellas imborrables [...] signos de una apuesta de la vida a la muerte” (Castro, 2002, p. 44); son inscripciones indelebles que se graban como alegorías del ser combatiente, que traducen en la piel la participación en un colectivo, la pertenencia a una comunidad. Denuncian así, el sometimiento, el hacerse parte de. Con la marca se hace

⁵ Anzieu define el «yo-piel» como un “pergamino originario que conserva, a la manera de palimpsesto, los garabatos tachados, raspados, sobrecargados de una escritura «originaria» preverbal, hecha de trazas cutáneas” (p. 116).

evidente la posesión, se traza sobre la piel la señal del dominio del Otro⁶.

La cicatriz pone en evidencia esa pertenencia (Le Breton, 1999) pues allí un guerrero puede conjugar ese desasimiento interno en donde se abre paso a un cierto adormecimiento corporal, a una cierta anestesia frente al dolor que hace soportables ciertas heridas, con la valentía y fortaleza a las que es compelido y con la imagen de aguerrido y temerario que se le exige mantener; en virtud de las connotaciones que adquiere respecto a una causa compartida, a un ideal común, la cicatriz puede ser insignia de lo que se comparte con el colectivo y de la constitución imaginaria de un guerrero, aquella en donde lo que no lo mata lo hace más fuerte. Pero al mismo tiempo las heridas, hechas cicatrices sobre la piel, exhiben una cercanía con la finitud, una manifestación de la fragilidad, la posibilidad de la desaparición. Cada herida sobre el cuerpo denuncia eso que de precedero tiene cada combatiente; cada herida anuncia esa vulnerabilidad que puede confrontar la constitución imaginaria de un combatiente inmortal con la de un cuerpo efímero y frágil:

“durante tiempo largo tuve rajado el pie [...] aunque siempre fui muy fuerte para andar y siempre me sentí una ‘dura’ dentro del grupo, nunca me imaginé que eso me pudiera detener [...] y me detuvo”⁷.

El tatuaje también se puede constituir como manifestación de la pertenencia a un colectivo, imprimiendo sobre la piel una huella de identificación. Aunque, como señala Iñigo Ramírez (1987, p. 101) “el tatuaje es la marca indeleble que individualiza a su poseedor hasta la muerte” es al mismo tiempo una forma de inscribir sobre el cuerpo la posesión, de marcar una cierta correspondencia al colectivo⁸. A través de estos trazos y de otros, como los que pinta el uniforme sobre la piel, o los tocados y maquillajes especiales, se inscriben las insignias de la pertenencia, las marcas de identifica-

⁶ Baste recordar como modelo de la marca-pertenencia, aquella que se hace sobre el ganado bovino.

⁷ Expresión de una joven mujer ex combatiente del Ejército de Liberación Nacional, ELN.

⁸ Ramírez también indica cómo el tatuaje con el que se marca a los criminales tiende a una “deshumanización efectiva” de los presos, vertiendo así sobre ellos la marca del dominio y la posesión. (p. 104).

ción con el grupo armado, el nombre que rige en los tiempos de la guerra o una forma de protección frente a la muerte. Pero también pueden trazarse los vínculos con los tiempos de la vida civil, los lazos que unen con el pasado, las huellas que se imprimen para no dejar caer en el olvido lo que se dejó por la guerra:

“en el brazo derecho el tatuaje del [grupo], en el izquierdo el nombre de mi mamá [...] dos tatuajes en el mismo día”⁹.

Estas marcas se pueden inscribir entonces como trazas mnémicas en donde la piel, como indica Michel Serres, “expone los recuerdos, no los de la especie, como sucede con los tigres o los jaguares, sino los de la persona; a cada uno su propia máscara, su memoria exteriorizada” (Serres, 2002, p. 104). El tatuaje y la cicatriz se inscriben en el cuerpo dejando en la piel sus registros. De esta forma pueden constituirse en marcas que graban en la memoria de la superficie corporal los vínculos del sujeto o su propio borramiento.

b. El dolor, el castigo y el sufrimiento:

“Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; solo lo que no cesa de doler permanece en la memoria”

(Nietzsche, 1972, p. 69)

El cuerpo de los combatientes es sometido a los más duros ejercicios, enfrentado con rigor a las más recias disciplinas. Por esa vía se constituye, con el hábito, con la repetición de la doctrina, en un cuerpo dispuesto a los ritmos de los combates, a soportar en carne de los más fuertes suplicios que suponen la vía guerrera:

“terminas descubriendo que el cuerpo siempre puede rendir más [...] el cuerpo queda adormecido [...] aprendes a callar esa vocecita interior que dice, no puedo más [...] así se van aplazando los dolores”¹⁰.

Un cierto adormecimiento del propio cuerpo y un cierto enmudecimiento de sus sensaciones parecen favorecer la disposición a soportar estos dolores. En diversos contextos, no sólo en el marco de las confron-

taciones armadas, el cuerpo es puesto a padecer de los más tremendos suplicios: el padecimiento que sobrellevan algunos fieles o seguidores de diversas religiones o espiritualidades y que en algunos casos se instituye como el martirio previo a la santidad¹¹, los sufrimientos a los que es violentado el cuerpo del torturado y en donde se desarrolla todo un arte del suplicio¹², o las formas de impartir dolor a los novatos en un rito de iniciación, son formas de ejecutar violencia, dolor y sufrimiento que responden, como ha explicado Blair (2001), a los contextos relacionales en los cuáles éstas acciones se producen.

Elsa Blair (2001) muestra que entre la tortura y el rito de iniciación de los guerreros novatos –ambas formas de infligir dolor y sufrimiento sobre el cuerpo del otro – existen diferencias significativas: “a diferencia del rito de iniciación, la tortura no hace intervenir ningún aprendizaje y más bien envilece, degrada, y destruye. El novicio que soporta su sufrimiento demuestra su coraje y su fuerza viril. En un caso el dolor deviene fuente de honor y en el otro no” (Blair, p. 86). Así mismo, Blair señala que los ritos de iniciación son formas artificialmente exacerbadas del sufrimiento infligido al otro mientras que la tortura no está marcada tanto por el sufrimiento como por su utilización: “la tortura opera clandestinamente de manera ilegítima el envilecimiento de los sujetos, su degradación y destrucción, mientras que la iniciación afirma públicamente la ascensión legítima de novatos a un nuevo estado” (Blair, p. 86). Pese a estas diferencias resaltadas por Blair, es preciso insistir en el hecho de que, ese «nuevo estado» por el que propende la iniciación de los guerreros novatos está marcado por una entrega a la causa colectiva, un sometimiento de sus particularidades, un desasimiento de su cuerpo y un ofrecimiento sacrificial de su existencia a la causa bélica. En ese sentido, el nuevo estado al que se da paso por la vía de estos ritos de iniciación, es el de la entrega al otro. El dolor y el sufrimiento que enmarcan este proceso ritual buscan así, al igual que la tortura, marcar en el cuerpo el sometimiento, inscribir la pertenencia. Desde luego, entre la tortura y el rito de iniciación del guerrero novato exis-

⁹ Expresión de un combatiente de un grupo armado insurgente.

¹⁰ Expresión de un combatiente de un grupo armado insurgente.

¹¹ La bibliografía sobre el tema es amplia y variada. Señálen-se sólo algunos autores: Peter Brown (1998); Michel de Certeau (1993); Carlo Rochetta (1993); entre otros, analizan las formas en las que ha estado implicado el cuerpo en la mística y espiritualidad cristiana.

¹² Sobre el cuerpo, el dolor y la tortura ver los trabajos de Elaine Scarry (1985); Lucila Edelman (2001) y Daniel Gil (1990).

ten diferencias¹³, pero en ambos casos se propende por la ejecución de marcas que inscriban la sujeción de un cuerpo a la posesión de otro. Aún cuando se enmarca en la más profunda religiosidad, los padecimientos en el cuerpo buscan dar paso, a través del desasimiento y la entrega interiores, a la ocupación del otro en ese cuerpo sometido. Marcado por el dolor y el sufrimiento, el cuerpo se dona a los propósitos del otro, se transforma en su objeto: “Dejadme ser el alimento de las fieras, por lo cuál me será dado gozar de Dios. Soy el trigo de Dios: es necesario que sea molido por las dentaduras de las fieras para que sea puro pan de Cristo” (Loyola, 1991, p. 128). El sometimiento se inscribe con dolor.

Pero las formas de impartir sufrimiento al cuerpo no sólo se constituyen en métodos para conseguir su sometimiento, su domesticación o su doma¹⁴. Los preceptos de ordenamiento del cristianismo, por ejemplo, si bien partieron del castigo corporal como forma para dominar las pasiones que éste albergaba¹⁵, el sufrimiento que este castigo suponía podía ser deconstruido y tornarse fuente de gozo. Allí, esos dolores que se soportan están modelados por la devoción; más que someterse a ellos, los hombres y las mujeres, por la vía de esa «fe encendida» se subordinan a él, se entregan con voluntad y regocijo (Le Breton, 1999).

Este regocijo también se puede evidenciar en el guerrero cuya constitución imaginaria está sustentada en el temple y el coraje que debe demostrar tanto en los momentos de enfrentar los más tremendos suplicios, como en el momento de infligirlos al enemigo. Por una y otra vía el combatiente pone de manifiesto

¹³ Es preciso agregar que entre la tortura y la guerra, Elaine Scarry (1985) señala una diferencia esencial: la guerra parte de un ofrecimiento consentido del cuerpo, mientras que la tortura es un acto que no cuenta con la aprobación del violentado: “in war the persons whose bodies are used in the confirmation process have given their consent to over this most radical use of the human body while in torture no such consent in exercised”, (p. 21).

¹⁴ Es la domesticación que criticaba Nietzsche (1973): “Llamar a la doma de un animal su «mejoramiento» es algo que a nuestros oídos suena casi como una broma. Quien sabe lo que ocurre en las casas de fieras pone en duda que en ellas la bestia sea «mejorada» Es debilitada, es hecha menos dañina, es convertida mediante el afecto depresivo del miedo, mediante el dolor, mediante las heridas, mediante el hambre en una bestia *enfermiza*; lo mismo ocurre con el hombre domado que el sacerdote ha «mejorado»” (p. 72).

¹⁵ Entre los medios más divulgados en el Nuevo Reino de Granada, como en otros lugares de la cristiandad, se encontraban los cilicios, las cuerdas y las ortigas, a través de los cuales se buscaba domesticar el cuerpo infligiéndole toda clase de dolores. Al respecto ver: Borja, 2004.

la fortaleza de los lazos que lo unen con el colectivo y a través de los cuales puede entregarse al deleite de los más fuertes sufrimientos. El dolor se inscribe así como “un vínculo social más poderoso que lo que puede ser la alegría o el placer, tiende a crear una comunidad de destinos a través del recuerdo, en el transcurso del tiempo, de las anécdotas, penas y emociones compartidas” (Le Breton, 1999).

Desde el rito de iniciación de los guerreros novatos queda inscrito en la memoria de sus cuerpos doloridos el recuerdo de un vínculo que empieza a gestarse con el colectivo. Un vínculo que une en el sufrimiento y por el cuál se consolida la formación de un combatiente. El dolor se torna así una incisión sacra que “sustrae al hombre de su quietud y lo obliga a lo insoportable, es un poder de metamorfosis que marca en la carne un recuerdo indeleble del cambio. Abre un mundo más allá de la percepción que provoca” (Le Breton, 1999, p. 267).

c. *Las corpulencias, las posturas y las composturas:*

Por la vía de los ordenamientos exigidos por las dinámicas de la guerra el cuerpo del combatiente transforma sus volúmenes, toma nuevas firmezas. Como todo ejercicio físico, el entrenamiento militar opera en las dimensiones y densidades de lo corpóreo, en su textura corporal. Esas corpulencias son la marca del trabajo físico, la huella de las exigencias a las que ha sido compelido el cuerpo. Sin embargo los indicios del rigor, los resultados de los entrenamientos, esos vestigios de la disciplina, se inscriben no sólo como corpulencia sino también como compostura, como gestos corporales. En ambos casos se trata de transformaciones que dicen de un cuerpo moldeado y transfigurado por la instrucción militar; modificaciones inscritas en lo real del cuerpo como carnes expandidas, músculos tensados, fibras corporales templadas y en lo simbólico e imaginario como cuerpo retórico, imagen hablante para darse a conocer al otro. El cuerpo es así manifestación. Exterioriza lo invisible para ofrecerlo a la percepción sensorial e integrarlo de esa manera en la experiencia colectiva (Zumthor, 1994)¹⁶, a la mirada del Otro. Lo

¹⁶ Zumthor agrega que por esta integración a la experiencia colectiva nuestro cuerpo “se objetiviza, se aparta de [nosotros] de forma ficticia, se ofrece como modelo, a [nosotros mismos] y a los demás. Así se hace irresistible al deseo de adorno, de aderezo, de ornato, la máscara, todo lo que [nos] descorporeiza en beneficio de [nuestra] función social” (p. 20).

que exterioriza el cuerpo por vía de la compostura, a través del gesto, es la disciplina y la instrucción militar hechas cuerpo, es la incorporación del entrenamiento, pero es también la vanidad y el deseo de hacer visible las composturas honorables o temerarias de un guerrero, la constitución imaginaria de cada combatiente.

La gestualidad genera sentido (Zumthor, 1994). Al desplegar una serie de ordenamientos discursivos incorporados, el gesto se constituye al mismo tiempo como evidencia simbólica de esos discursos ordenadores y como manifestación de la constitución imaginaria¹⁷, de la imagen de cada cual. El gesto trasluce de esta forma códigos sociales que como marcas significantes se incorporan y se pueden exteriorizar como formas de una cierta retórica corporal. El cuerpo de un combatiente, marcado por los ordenamientos de la vía guerrera, puede manifestar esa incorporación en las corpulencias y los volúmenes. Éstas dicen de un cuerpo fortalecido, de un hombre o una mujer aguerridos, con las musculaturas, los vigores, las potencias y las reciedumbres propias de un guerrero, de una figura constituida en el ideal imaginario del combatiente. Despliega también el poderío, la autoridad o el señorío que le son investidos con el arma y los ropajes militares¹⁸. Al ser incorporados el fusil se hace artefacto protético y el uniforme segunda piel; ambos invisten al cuerpo con una serie de signos particulares, lo envuelven en los códigos sociales de la distinción:

Si se quiere que la distinción ejerza con eficacia su función de destacar, de diferenciar, debe ir unido a algo que los otros afectados acepten también como distinción¹⁹. Por consiguiente, todo destacarse significa al mismo tiempo estar incluido en el acervo total transmitido de conceptos de valor tradicionales propio de aquellos con quienes se convive (Konig, 1968, p. 105)

¹⁷ Paul Zumthor resalta: “El gesto es representación; como tal es a un tiempo imagen y símbolo, un lenguaje separado que articulaba un modo de pensar y de disponerse anímicamente”, (p. 38).

¹⁸ Es importante tener presente el impacto que ha tenido en países como Colombia la militarización de la vida cotidiana en donde, entre otras cosas, el estilo, diseño y color de las prendas militares han entrado a hacer parte de una moda “civil”.

¹⁹ Habría que extender el debate sobre estos rasgos particulares de la distinción de los combatientes, a partir de lo que constituye esta militarización de lo cotidiano (señalada en la nota anterior), en donde las prendas de “uso privativo”, se diferencian cada vez menos de las prendas de una moda particular.

Este acervo de códigos sociales compele a un despliegue de las posturas y composturas que sostienen a esa ‘imagen distinguida’. No basta con las corpulencias ni con las investiduras para mantener la altivez, el poderío o el arrojo propios del ser guerrero. En sus movimientos, en las maneras de lucir el uniforme, en la postura para cargar el arma o aún para apuntarla²⁰, está el combatiente y su imagen. La incorporación de estos atributos posibilita el despliegue de los gestos que sostienen esa imagen del combatiente. En su cuerpo queda inscrita la altivez, el poderío, la arrogancia y el arrojo de esa constitución imaginaria.

3. UN SUJETO IMPLICADO:

En tanto ordenamientos discursivos, las dinámicas y las lógicas de la guerra sujetan el cuerpo a formas específicas de orden. Estas formas marcan el cuerpo en virtud del adiestramiento al que lo someten y en razón de la incorporación de sus mandatos. Sin embargo estas inscripciones no se efectúan sobre una mera superficie inerte. Estas marcas se inscriben en un cuerpo, un cuerpo que no existe sin un sujeto. La particularidad de lo que se inscribe en el cuerpo de cada combatiente es lo que hace que tales ordenamientos emerjan como formas singulares de goce y no en la estructura del goce estandarizado planteado por el discurso bélico (Soler, 2003).

“había participado en muchos combates (...) todos fueron tenaces; el peor de todos fue en el que mi cuerpo dijo no más: no funcionó, no reaccionó (...) quedé paralizado y en mi espalda empecé a sentir el peso de todas las muertes que tenía encima”²¹

Esas peculiaridades de las inscripciones demandan una comprensión de la guerra a partir de lo experimentado por cada quien, a partir de lo que cada uno vive en “carne propia”. En ese sentido, la comprensión de los procesos subjetivos involucrados en las dinámicas y las lógicas de la guerra requiere de un abordaje de ésta a partir de lo que cada quien experimenta allí. El punto de partida de un abordaje tal se debe situar en el

²⁰ “Las armas, en tanto artefactos honorables, merecen ser llevadas con gesto grave y audaz” (Casariego, 1982, p. 21)

²¹ Expresión de un combatiente de las Fuerzas Militares Colombianas.

reconocimiento de esas lógicas y dinámicas guerreras por medio del cuál se puede dar inicio a la reflexión a propósito de los procesos singulares implicados allí. Una reflexión en torno a estas singularidades debe por lo tanto estar sostenida en una comprensión de las formas en las que opera la guerra y en las que se constituye un combatiente para luego emprender una aproximación a las formas singulares de experimentarla.

Las formas de resistencia que emergen en el ejercicio de las tecnologías de poder y dominación sobre el cuerpo²², así como las consideraciones que se puedan desarrollar a partir del reconocimiento de las formas singulares involucradas en la constitución y formación de los combatientes, abren la posibilidad para proporcionar algunas luces a propósito del abordaje de los procesos subjetivos implicados allí. Ello exige, de una parte, partir de la comprensión de las lógicas y las dinámicas de la guerra, de los procesos de formación y constitución de los combatientes y de la reflexión a propósito de las formas en que se ejercen una serie de ordenamientos sobre sus cuerpos y, de la otra, de aproximaciones conceptuales que, como el psicoanálisis, abogan por la comprensión de los procesos subjetivos.

REFERENCIAS

- Aillón, S. (2003). Inscripciones Significantes. *El Cuerpo en los Imaginarios* (pp. 30 – 35). La Paz: Fundación Simón I. Patiño.
- Anzieu, D. (1987). *El yo-piel*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Aretxaga, B. (1995). Dirty Protest: Symbolic over determination and gender in Northern Ireland ethnic violence. *Ethos*, 23, 2, pp. 123-148.
- Bicecci, M. (1983). El cuerpo y el lenguaje. En Braunstein, Néstor (coord.) *La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*. (pp. 276 – 294). México: Siglo XXI.
- Blair, E. (2001). El espectáculo del dolor, el sufrimiento y la crueldad. *Controversia*, 178, Mayo. Bogotá: CINEP, pp. 83 – 99.
- Borja, J. (2004). El cuerpo y la mística. *Las representaciones del cuerpo barroco neogranadino en el siglo XVII, Guión museográfico*. Bogotá: Museo de Arte Colonial.
- Casariago, J.E. (1982). *Tratado histórico de las armas*. Barcelona: Labor.
- Castro, M. (2002) Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra. *Desde el Jardín de Freud*, 2, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, pp. 38 . 45.
- De Certeau, M. (1993). *La Fábula Mística. Siglo XVI - XVII*. México: Universidad Iberoamericana.
- Díaz, C. (2002). Destrucción del cuerpo: de la fantasía al acto. *Desde el Jardín de Freud*, 2. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, pp. 20 – 37.
- Díaz, C. (2003). El cuerpo: Ese objeto marcado por el exceso del otro. *Desde el Jardín de Freud*, 3. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, pp. 98- 105.
- Real Academia Española. (1970). *Diccionario de la Lengua Española*, (19ª edición), Madrid: Barco.
- Edelman, L. (2001). *Tortura y Subjetividad*. Ponencia presentada en la Conferencia Internacional Consecuencias de la tortura en la salud de la población chilena: Desafíos del presente. Santiago, Chile.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Gil, D. (1990). *El terror y la tortura*. Colección Biblioteca de Psicoanálisis. Uruguay: EPPAL Ltda.
- König, R. (1968). *Sociología de la Moda*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
- Lacan, J. (1992). *El seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (1984). *El Seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Le Breton, D. (1999). *Antropología del dolor*. Barcelona: Seix Barral.
- Loyola, I. (1991). *Obras*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

²² Sobre la resistencia, téngase en cuenta las acotaciones de Be-goña Aretxaga respecto al uso del cuerpo por parte de los presos del IRA en lo que se llamó la “Protesta Sucia”. (Aretxaga, 1995) En él, la autora explica la forma en la que los presos del IRA convirtieron sus propios cuerpos en herramientas de resistencia a la barbarie carcelaria. Los prisioneros republicanos renunciaron a llevar ropa y se vistieron únicamente con una manta para protestar por la denegación del estatus especial. Puesto que esta protesta no fue efectiva, los detenidos prosiguieron, en 1977, con la denominada “protesta sucia” que consistía en no lavarse y cubrir las paredes de sus celdas con sus propios excrementos. En el mismo sentido vale la pena recordar los recientes hechos de las penitenciarías mexicanas en las que los presos se amputaron partes de su cuerpo como medio de protesta ante el hacinamiento y el maltrato en dichas cárceles.

- Nietzsche, F. (1972). *La genealogía de la moral, un escrito polémico*, Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (1973). *Crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ramírez, I. (1987). Epitafios de la piel. *El Paseante*, 6. Barcelona: Época, pp. 17 – 20.
- Rochetta, C. (1993). *Hacia una teología de la corporeidad*. Madrid: Ediciones Paulina.
- Scarry, E. (1985). *The body in pain, the making and un-making of the world*. New York: Oxford University Press.
- Serres, M. (2002). *Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo*. México: Taurus.
- Soler, C. (2003). El cuerpo, acontecimiento de discurso. *LeTrazas*, 3, pp. 62 – 68.
- Soler, C. (1988). El Cuerpo en la enseñanza de Jaques Lacan. *Traducciones* (pp. 9 – 37). Medellín: Fundación Freudiana de Medellín.
- Zumthor, (1994). *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, Madrid: Cátedra.

